

[Publicado previamente en: *Zephyrus*, 12, 1961, 187-196. Versión digital por cortesía del editor (*Ediciones Universidad de Salamanca*) y de los herederos del autor, como parte de su *Obra dispersa*, con cita de la paginación original].

© Herederos de Antonio Tovar

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## Lengua y escritura en el sur de España y de Portugal

Antonio Tovar

[-187→]

La publicación de dos nuevas obras sobre las inscripciones del sur de la Península, de U. Schmoll <sup>1</sup> y, sobre todo, de M. Gómez-Moreno <sup>2</sup>, exige revisar el problema de la epigrafía ibérica, hacer algunas rectificaciones por nuestra parte, e intentar sacar algunas consecuencias y nuevas hipótesis.

De ambos estudios se deduce que la escritura del sudoeste de la Península, hasta ahora la más enigmática, pertenece al mismo sistema mixto que la ibérica, es decir, que tiene, junto a letras (no sólo las vocales, sino la **l**, **r**, **n**, silbantes), signos silábicos (de oclusiva más vocal, sin distinguir en general las distintas cualidades de las oclusivas). Con ello la escritura hispánica recupera su unidad (que yo había creído posible romper en 1952) <sup>3</sup>, y el valor de sus caracteres en el este sirve de guía para penetrar en el mundo del sur y del sureste, que es lo que hace Gómez-Moreno, al revisar los monumentos epigráficos de todo el sur de la Península, desde Algarve hasta Mogente.

Pero sin intentar hacer la crítica de estas publicaciones, vamos sólo a comentar algunos puntos particulares. [-187→188-]

**LA LENGUA DEL SUROESTE.** Gómez-Moreno (p. 43) parece inclinarse a separar lingüísticamente el sudoeste y la baja Andalucía: "Nos hallamos ante dos lenguas distintas, con la especialidad de que esta de las regiones orientales [ibérico] sólo es legible mediante el sistema semisilábico admitido ya, mientras que la occidental abunda tanto en vocales sueltas, que casi podría leerse atribuyendo valor consonántico simple a los signos oclusivos. Sin embargo, esto es ilusorio... Aventurándonos podríase admitir como lenguaje *bástulo* aquello portugués, y como *turdetano* lo andaluz". El nombre de *bástulo* para la lengua de las inscripciones del sur de Portugal se basa en una teoría arqueológica de Gómez-Moreno, que allí halla "necrópolis del tipo del Argar, que se suceden numerosas hasta el bajo Alentejo sin traspasar el Guadiana" (p. 11).

El caso es que una de las dos únicas muestras epigráficas que poseemos de la baja Andalucía, la piedra de Ilipa, no sólo en la escritura, sino lingüísticamente muestra una coincidencia con las inscripciones portuguesas que nos hace pensar que la lengua era la misma a las dos orillas del Guadiana. Así tenemos la voz **ke-o-n-te-i** (partimos la pala-

---

<sup>1</sup> *Die südlusitanischen Inschriften*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1961.

<sup>2</sup> *La escritura bástulo-turdetana*, Madrid, Ediciones de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1962 (y también como artículo en dicha revista, LXIX, 879 ss.).

<sup>3</sup> En una breve nota titulada *Observaciones sobre escrituras tartesias*, en *Archivo de Prehistoria Levantina* II, 257 ss. Insistí después en este punto de vista en otras publicaciones: un artículo *Hispania en la historia de la escritura: para la delimitación epigráfica del concepto de tartesio* en *Anales de historia antigua y medieval*, Univ. de Buenos Aires, 1956, 7 ss., *Enciclopedia lingüística hispánica* I (Madrid, 1960), 6 ss., *The Ancient Languages of Spain and Portugal* (Nueva York, 1961), 36 ss. y lámina pp. 15-16.

bra así, pues se trata de escritura continua), exactamente igual que las inscripciones V, XVI y XXIII del Algarve (y compárese también **ke-o-ni** IV y XXIV, **ke-o-n-i-i** VI, XX y XXII, **ke-o-n-a-i** VII, **-ke-o-n-o** IX, **ke-o-n...** XI y **ke-o...** XXV, **ke-n-o-n-a-be** XIX). Una de las dos palabras clave del Algarve está asegurada en el bajo Guadalquivir, lo que invita a pensar que se trata de la misma lengua.

Los elementos ibéricos se detienen en la epigrafía indígena en Obulco <sup>4</sup>, y después de leídas las nuevas inscripciones, sólo una de las líneas de nuestro mapa, la de la terminación **-en**, puede extenderse más hacia el oeste: después de recorrer desde Ensérune hasta La Granjuela (XXXIV de Gómez-Moreno) habría de llegar a Gádor (**s-ta-r-i-e-n** cuatro veces) y a dos inscripciones portuguesas: **o-a-r-e-n** <sup>5</sup> (XXII, Panoias) y **a-s-ti-a-n-a-bu-e-l-e-n** (VII, Bensafrim). Es tentador pensar que este elemento (explicable en camítico, vasco y celta, y existente en ibérico también) <sup>6</sup> ocupa todo el mediodía de la Península, pero aun admitiendo la identidad del mismo, lo que no se impone con evidencia, parece que es una coincidencia única, frente a la diversidad que se acusa en las inscripciones que ahora leemos por primera vez con Gómez-Moreno.

Un sufijo o morfema **-a-be** caracteriza la lengua del sudoeste y aparece [-188→189-] también en las regiones entre el alto Guadalquivir y el Júcar, como si a él se refirieran unas palabras de Gómez-Moreno (p. 44) sobre la extensión de la lengua tartesia: "Perdido [el tartesio] rápidamente en las tierras bajas ante la colonización romana, subsistió en las cumbres de la Oretania, territorio entre la Mancha y el Guadalquivir, abierto hacia oriente por la cuenca del Segura, que era Contestania, *hasta donde hubo de avanzar lo turdetano en su lenguaje...*"

En Bensafrim tenemos **n-a-n-o-n-a-be** II, **m-a-r-o-n-a-be** IV, **e-r-a-n-a-be** VI, **m-i-r-n-a-be** VII, en Loulé **m-o-r-o-n-a-be** IX, **...n-a-be** XI, en Panoias **m-a-r-o-n-a-be** XX y XXIII, **m-a-r-o-n-n-a-be** XXII, en Ourique **...o-n-a-be** XXV b, en S. Miguel do Pinhero **m-a-r-o-n-a-be** XXIV, y en Ameixial **ke-o-n-a-be** XIX; del Algarbe saltamos a Segura de la Sierra **a-i-co-n-be** XXXVI, y de allí a los numerosos ejemplos de Abengibre: **l-u-ke-s-i-be**, **i-n-a-be**, **co-ca-be**, **a-i-to-l-e-r-a-be**, **to-te-a-be**, **to-te-a-be**, **u-te-a-be**, a El Salobral (XLIV) **u-o-s-o-bi-te-ta-be**, **bo-i-ta-bi-bo-a-be**, y a los de la cara más antigua de Mogente (XLVI): **e-ta-l-a-u-ki-ti-to-be**, **o-ta-r-be-o-be**, **o-ta-be** y **o-to-cu-r-be** <sup>7</sup>. En el mundo propiamente ibérico tal terminación falta en absoluto, comenzando por la cara más moderna del plomo de Mogente y las inscripciones en letras griegas de Alcoy y Mula.

Las inscripciones del suroeste en su conjunto parecen escritas en lengua distinta del ibérico. Pero si en las monedas de Obulco tenemos claros elementos ibéricos, y nada hay en ellas comparable a lo que leemos en suroeste, en la región entre el alto Guadalquivir y el Júcar diríase que hay mezcla de ibérico y tartesio; en efecto, en Abengibre, junto al misterioso **-a-be** meridional tenemos palabras ibéricas que no se han señalado en el suroeste: **ca-r-o-ca-r** (en la gran inscr. XXXVIII) coincide con el plomo de Alcoy **garokan** (cf. **tagisgarok** y **bagarok** en el mismo); **ta-s-o-cu-ti-ce-r** (XXXVIII) con **a-r-gi-ti-ce-r** del plomo de Casllón e **i-s-be-da-r-ti-ce-r** de una piedra de Sagunto.

<sup>4</sup> Zeph. VII, 82. (Encicl. I, mapa 2, p. 7; *The Ancient Languages* 53).

<sup>5</sup> Ya comparada por mí con el sufijo ibérico **-en**, Encicl. I, p. 8, *The Ancient Lang*, p. 47, n. 11.

<sup>6</sup> La relación de **-en** entre vasco, ibérico y camita la establecí en 1946 (*Bol. de la R. Soc. Vasc.* II 51 ss.), y la repetí en los *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, Buenos Aires, 1949, 90 ss. No ha recogido, es cierto, muchas adhesiones mi teoría, salvo la de J. Pokorny, *Die Sprache* I,-22.4. Sigo pensando que aún sirve.

<sup>7</sup> Como **-be** en vasc. significa 'debajo de', **maronabe** (o **saronabe**) podría traducirse 'bajo (la losa?)'; claro que los numerosos ejemplos de Abengibre no se aclaran con esta hipótesis.

La inscripción XXXIX, también de Abengibre, es sumamente interesante:

**a-i-to-r-e-n- o-bi-a-r-o-n to-te-a-be.**

**To-te-a-be**, con su terminación, apunta al suroeste, pero **a-i-to-r-e-n** casi suena a vasco: 'de Aitor', el soñado patriarca (v. el **Dicc.** de Azkue, I p. 20, donde hallamos también para aitor los sentidos de 'fértil', 'casta' 'confesión'); cf. también **aita** 'padre', **aitona** 'abuelo'.

El término **a-i-du-r-cu-n** (XL, XLI) recuerda por una parte a **a-i-du-a-r-cu-ki-a** de la cara segunda de Mogente, y **a-i-du-l-e-cu-te** de Liria (LII de [-189→190-] Fletcher, **Inscripciones ibéricas**, Valencia 1953), y por otra a la desinencia de **ba-s-tu-l-a-i-a-cu-n** del Cerro de los Santos (Gómez Moreno **Misceláneas** n.º 78).

**LA LETRA** ↑ La presencia de este signo en las inscripciones meridionales constituye un problema curioso y difícil. Como es sabido, en ibérico ha de leerse **u**, y de ello no cabe duda. Su origen en ibérico posiblemente va ligado a una evolución fonética que tenemos en la leyenda **i-l-du-r-o** (Hübner 44), de las monedas de la ciudad que en las fuentes clásicas conocemos como **Iluro**, o en **s-a-l-du-i-e** (Hübner 35), cuyo étnico es en latín **Salluitana**. El signo **du** pasa así a convertirse en la vocal **u**, como ya indiqué (**Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas**, p. 26: Δ > Λ > ↑)<sup>8</sup>.

Pero la letra en forma de flecha aparece en las inscripciones del sudeste y del sur, y allí sí que no cabe esta explicación. Mejor dicho, en tres lugares, la flecha es evidente que vale **u** y que se usa exactamente como en ibérico: así lo tenemos en primer lugar en el plomo de Mogente, segunda cara (XLVII), Esta cara está en otra escritura y probablemente en otra lengua que la primera (XLVI de Gómez-Moreno). En la cara segunda, como nota Gómez-Moreno, se ha sustituido "○, ㄣ, o sea, **o**, **u**, por ㄣ, ↑, acercándose a los H, ↑ ibéricos, sin que —añade— alcancemos a explicarlo".

Podríamos proponer como explicación la de una fijación del valor de **u** con el signo de la flecha ya en relación con la escritura ibérica. Pero en el sur la presencia de la flecha no se da acompañada del desplazamiento a o del signo precedente de wau más que en Obulco. Yo creo que en esta ceca tenemos que distinguir una vocal **u** (↑) en **s-i-u-bo-l-a-i**, **ca-be-s-o-r-i-u** y **o-r-ca-i-l-u**, y un signo silábico **du** (Λ) en **du-i-du-i-bo-l-a-i** y **du-i-du-i-bo-r-tu-n** (cf. el elemento **du-i-du-i-** en Liria y Sagunto, v. P. Beltrán **Rev. Valenc. de Filología** III, 149 s.). Las formas parecen distinguirse en los mismos dibujos que publica Gómez-Moreno, p. 63<sup>9</sup>. Que haya en esta escritura de Obulco un **du** distinto de un **tu** es una inconsecuencia que no debe sorprendernos, pues en micénico es absolutamente seguro que no distinguiéndose sordas de sonoras ni aspiradas en las series de labiales, velares y labiovelares, precisamente en las dentales existen dos series paralelas: **da ta**, **de te**, etc.

Posiblemente el pequeño plomo de Albaida (XLIX de Gómez-Moreno) pertenece al mismo sistema que la cara más reciente de Mogente, con el wau convertido en **o** y la flecha para **u**.

Pero fuera de estos tres puntos, Albaida, Mogente y Obulco, en los otros [-190→191-] lugares del sur donde aparece el signo de la flecha, coexiste con la conservación de los signos greco-fenicios 'ayin (○) para la **o** y wau (ㄣ) para la **u**. En esta cuestión los

<sup>8</sup> Un paralelo a este cambio fonético y gráfico de *du* en *u* sería el supuesto por J. Casares, *Bol R. Acad. Esp.* XXIV, 24 s. para el de *bo* en *o*, con lo que se explicaría la rara forma H de la *o* ibérica.

<sup>9</sup> En los mismos dibujos se ve bien claramente que existe en estas monedas un signo ϕ que Gómez-Moreno lee *cu* (lo que es bien verosímil derivándolo de qoph), distinto de ϕ que es *te*. Con ello queda aclarada la objeción que me hacía Schmoll (p. 35) sobre la existencia de este signo.

alfabetos del sur son mucho más normales que los del este, y acusan su íntima relación con los precedentes greco-fenicios. Son exactamente los mismos signos de ómicron e hyspilon, sin más diferencia que la de usar para la **u** un signo que es el mismo fenicio. Ello vuelve a probar el contacto directo de nuestras escrituras con la fenicia, pues "unmodified Phoenician forms were never current in Greek lands", como han indicado R. M. Cook y A. G. Woodhead *AJA* LXIII, 175.

Este sistema de conservar los valores de O y wau lo hallamos en El Salobral, en la cara más antigua del plomo de Mogente (XLVI), en las monedas de **u-r-ce-s-ce-n, i-ca-l-o-(n)-s-ce-n** y Salacia, y con apariciones de la flecha, en el plomo de Gádor, en Abengibre, en Alcalá del Río y (con sólo una flecha segura) en el Algarve.

Donde la flecha coexiste con O y con wau = **u**, es evidente que su valor es distinto del de ambas. Es lo que Gómez-Moreno ha admitido, pero sólo para el plomo de Gádor, donde lee esta "sexta vocal" como **y** (*Adam y la prehistoria* p. 123) o como **ü** (*La escritura bástulo-turdetana* p. 46).

Una sexta vocal no es, desde luego, imposible, pero ello alteraría toda la economía de la escritura silábica, pues las series de sílabas con oclusiva habrían de ser de seis signos, y no de cinco. Por eso, sin que pretendamos dar por resuelto el problema, querríamos examinar algunas posibilidades.

El signo de la flecha aparece, aparte de en el silabario micénico (**† zo**) y en el de Chipre (**‡ vo** y **† ti**), en diversas escrituras de Asia menor, así como en otras de Italia, "pero —como señala R. S. Young, *AJA* LXII, 153— falta en los alfabetos griegos conocidos". Realmente en la obra de Miss Jeffery figura (p. 38) como variante de la sampi, pero examinadas todas las referencias que da la autora, no la hallamos en ninguna parte. Su presencia en Italia y en Hispania podría ser independiente de la aparición en los alfabetos epicóricos de Asia menor, si bien, al menos en Italia, parece rastrearse, por la coincidencia en el valor, un contacto.

En licio el valor de la flecha es **e**, y así lo reconocen todos los especialistas <sup>10</sup>. En lidio no resultaba tan evidente el valor, pero se ha llegado al consenso de que representa una dental fricativa, como en español la **z** o la **d** intervocálica (**ϑ d**) <sup>11</sup>. En cario el signo existe también, pero no se sabe su **[-191→192-]** valor <sup>12</sup>. Tampoco se ha identificado en los casos en que se halla en el alfabeto local de Side de Panfilia <sup>13</sup>.

En las inscripciones frigias se registraba una sola vez, en inscripción muy fragmentaria (n.º 19 de Friedrich) en la palabra **α†ιον**. Pero también se halla en la n.º 3 de la misma serie de las antiguas en **K†ιανα Φεζος** (cf. **Κ†ιανα Φεζος** de la n.º 2). En excavaciones recientes en Gordion aparece en la inscripción de un cuenco de bronce del último cuarto del siglo VIII <sup>14</sup> en el que se lee:

Ξ†|Δ◇ΣΑΚ◇Ρ...

<sup>10</sup> Gardthausen, *RE* XI, 607. Deeters, *ib.* XIII, 2287, J Friedrich *Kleinasiatische Sprachdenkmäler*, Berlín, 1932, p. 54 y Schrifttafel al fin.

<sup>11</sup> Seguimos a A. Heubeck, en el cap. que ha dedicado al tema en *Lydiaka* (Erlanger Forschungen), 1959, p 51 ss., quien también se apoya en Bossert, Jongkees y Masson.

<sup>12</sup> En la *Schrifttafel* de J. Friedrich, *op. cit.* se indican los valores *i* propuesto con una interrogación por Sayce, y *ti* según Bork. No se ha progresado mucho en el conocimiento de esta lengua.

<sup>13</sup> H. Th. Bossert, *La parola del passato* IV (1950), 40.

<sup>14</sup> R. S. Young, *AJA* LXII, 153 y lám. 25, 21. Un valor *s* ha sido propuesto para este signo en frigio (Heubeck, *op. cit.*, p. 57), pero no parece probable.

Pasando a Italia, es curioso que la flecha tenga en falisco un valor **f** que podría estar en relación con el de fricativa dental que tiene en lidio <sup>15</sup>. También en mesapio la **f** tiene la forma **ʃ**. No entramos en la cuestión del valor de la flecha en las inscripciones de Novilara <sup>16</sup>.

De todo ello se deduce que no es imposible que la flecha tenga en distintas regiones de Hispania, como en las distintas de Asia menor, valores diferentes. No está excluido que la flecha sea en alguna de las escrituras locales de Hispania una consonante <sup>16a</sup>. El valor vocálico **e** podría haber llegado con un tipo de escritura licio. En este caso, la **e** licia <sup>17</sup> podría compararse al valor que la flecha tiene en el plomo de Gádor, donde hallamos la **e**, la **i**, la **o** y la **u** con las formas meridionales normales, y la **a** falta. ¿No sería la flecha la **a** de Gádor?

Estamos entrando en un terreno peligroso, que es el de comparar formas de letras sin estar seguros de su valor, pero permítasenos, en el terreno de las hipótesis, examinar algunas posibilidades.

Otra para Abengibre: las inscripciones XLI y XLII de Gómez-Moreno tienen flecha inicial y él las lee **u-te-a-be**. Ello es verosímil, pues cabría suponer, como en la segunda cara del plomo de Mogente, una intromisión de [-192→193-] la **u** ibérica. Pero ¿y si diéramos por bueno que en estas inscripciones tenemos la misma palabra que en **to-te-a-be**, y por consiguiente, que la flecha vale por la sílaba con dental, y viene así a recordar la **ʃ** del lidio? Nuestra ocurrencia no vale mucho, pero realmente da que pensar la comparación de la inscripción XL **a-i-du-r-cu-n to-te-a-be**, con la XLI **a-i-du-r-cu-n u-te-a-be** <sup>18</sup>.

Después de estas observaciones, nos queda explicar la flecha que en Ilipa coexiste con las cinco vocales **a e i o u**. Es posible que sea allí una consonante. De los cuatro ejemplos del Algarve que señala Schmoll (p. 32), dejamos fuera el primero (LXX de Hübner, que Gómez-Moreno no transcribe por ser inscripción insegura: son sólo cinco signos dudosos, y el original se ha perdido), también prescindimos de los números 11 y 24 de Schmoll (en los que la flecha desaparece en las transcripciones de Gómez-Moreno, números IV y VII respectivamente), y no nos queda sino un caso único en la inscr. 21 Schmoll (VIII G.-M.). En ella se dan las vocales **a e i**, como en todas las demás. Tenemos también el signo wau (**ʃ**), y cabe preguntarse si no tendríamos aquí una influencia ibérica, como en la cara dos de Mogente, y como, podríamos pensar, en la rara ins-

<sup>15</sup> En falisco su valor *f* no ofrece duda, v. por ej. Pisani, *Le lingue dell'Italia antica oltre in latino* (Turín, 1953), *Tavola degli alfabeti*; M. Lejeune, *Rev. des Et. latines* XXXV, . 90. El mismo signo aparece también en la región de Bolzano, J. Whatmough, *Prae-Italic Dialects* II, pp. 14 y 507, el cual es interpretado por Whatmough como una inversión de la forma psi que tiene la chi en los alfabetos griegos occidentales. La misma interpretación daba G. B. Pellegrini de un signo semejante en la inscripción del broche de Lothen (*Arch. per l'alto Adige* XLVI, 1952, p. 12, *Cultura Atesina* V, 1951), que transcribía cincuenta, como la L latina, proveniente de la *chi* calcídica. E. Vetter, *Glotta* XXXIII, 69, lee esta letra en etrusco del norte (con ella se debe relacionar la runa *t*), con Pellegrini, como una dental, aspirada, africada o silbante.

<sup>16</sup> No descifradas; Whatmough, *Prae-It. Dial.* II, p. 214 transcribe *t*, aunque señala que podría ser *f* como en falisco.

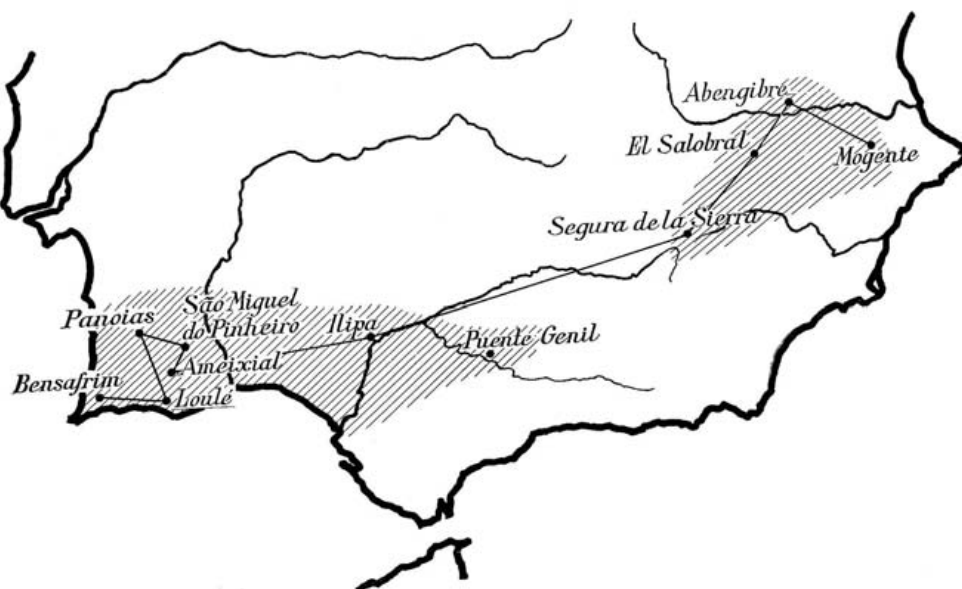
<sup>16a</sup> Así lo propone Schmoll, p 22.

<sup>17</sup> Esta vocal era en licio muy abierta, como señala Deeters *RE* XIII 2287 con el paralelo *mlejeusi Mλαανσει*, lo que favorecería que el mismo signo licio tuviera el valor de *a*.

<sup>18</sup> En este caso, la flecha sería un signo con el mismo valor que el raro *to* de nuestras escrituras meridionales. La posibilidad de la difusión de la flecha desde Asia menor o desde Italia podría estar enlazada con la del signo 8, que como es sabido se halla también en Asia menor y en Italia y es rarísimo en griego. Un ejemplo de esta 8 (*cute* se lee, interpretada como un enlace) tenemos en el núm XIX de Gómez - Moreno (23 de Schmoll).

cripción de Proença-a-Nova <sup>19</sup> si bien la brevedad de ambas inscripciones no nos permite llegar a conclusiones más seguras.

**LAS SILBANTES.** El problema de las silbantes es complicado desde su origen. Las cuatro silbantes fenicias, zayin (sonora), samekh (sorda), tsade (enfática) y sin (palatal), corresponden en el orden del alfabeto griego a zeta, xi, san y sigma, pero como Miss L. H. Jeffery <sup>20</sup> ha señalado ingeniosamente (p. 26), correspondencia de nombres y valores no parece ser la misma que la de orden y formas. En lugar de la correspondencia de orden, tenemos las siguientes parejas: tsade/zeta, samekh/sigma, zayin/san, sin/xi. Esta tesis parece clara, explica la etimología de los nombres griegos de las letras, y desde el punto de vista del griego reduce el problema (una vez que la zeta y la xi se aplican a grupos consonánticos) a una pareja de silbantes, de las cuales en el griego clásico una sobra, pues no hay distinción fonológica entre la sorda y la sonora, y así ocurre que sólo excepcionalmente coexisten los dos signos. "Tsade and san do not both appear together in any Greek alphabet, but they do [-193→194-]



[-194→195-] appear in Etruscan", escribe D. Diringer <sup>21</sup>. Efectivamente, estudiando las cosas en las escrituras griegas arcaicas, e interpretando la afirmación de Diringer con referencia al orden del alfabeto, vemos que ésta puede mantenerse sin más excepciones que los abecedarios cuencos (Jeffery p. 80), lo que es sumamente importante para explicar la coexistencia de ambas letras en etrusco; en Tarento, también en un abecedario (Jeffery p. 183), y en algún caso raro y dudoso, como en Fócide (idem, p. 101) y en Epidauró (p. 180). En Argos "san was displaced by sigma during the last years of the 6th c." (Jeffery. p. 152) <sup>22</sup>.

<sup>19</sup> Como la inscripción no tiene más que siete signos, el problema es insoluble. Las formas de algunos de ellos recuerdan las de Gádir. Es igualmente posible que tengamos el mismo sistema de Gádir (con el wau valiendo *u* vocal), que una influencia ibérica, que hubiera desplazado el wau al valor *o*, y entonces *u* sería la flecha. Es una región donde se halló esta pieza que antes no había dado nada en letra indígena.

<sup>20</sup> *The Local Scripts of Archaic Greece*, Oxford, 1961, obra estupenda por su riqueza y orden.

<sup>21</sup> *The Alphabet*, p. 456.

<sup>22</sup> Aquí tenemos que notar el hecho curioso de que en las escrituras ibéricas en letra jónica, en Alcoy y Mula, tengamos coexistiendo la sigma y la san, esta última en una forma absolutamente desconocida en

En la escritura hispánica el planteamiento es completamente independiente del griego, y no se explica sin un contacto directo con el fenicio.

En primer lugar desaparece en Hispania la forma de zayin fenicio o zeta griega, pero el problema no deja de plantearse en cuatro términos.

La samekh fenicia aparece perfectamente copiada en las inscripciones meridionales, desde Algarve a Mogente; hay que notar que esta, forma aparece también como xi en los alfabetos de las islas y la Dodecápolis de Jonia, y además en Creta e islas dorias del Egeo, en la Dóride y en Corinto, Fliunte y Argos. Como variante de forma no hay que notar sino las de palo torcido en Gádor, la inclinada de Obulco y la casi toda horizontal de Proença-a-Nova. Su equivalencia con la forma de san (M) se prueba por la doble grafía de la palabra **s-o-ta-a-n-a** en Ilipa.

La san griega (dejando la cuestión de su origen) existe en general en todo el sur de la Península: Algarve (II, IV, V, VII, XVII, XXII, XXIV; acaso IX en la forma  $\text{M}$ ), Ilipa, Abengibre, El Salobral, cara antigua de Mogente con la variante  $\text{M}$ , igual que en Cástulo), cara moderna de Mogente, Obulco y monedas de Abra y de Iliberi.

La sigma griega, de tres, cuatro y cinco trazos ( $\text{S}$   $\text{S}$   $\text{S}$ ), aparece en toda la escritura hispánica, pero en el sur se ha confundido de manera que yo no veo posibilidad de esclarecer con formas derivadas de tsade. Gómez-Moreno, cortando el nudo a la manera del famoso gordiano, parte de formas como la de inscr. V del Algarve ( $\text{S}$ ) para suponer que en el sur de la Península fue adoptada la **m** fenicia (digamos que con un giro de 90°, parecido al ocurrido con la yod). Pero estas supuestas derivaciones de la **m** pudieran serlo de tsade, y entonces sería más fácil de explicar su confusión con formas que realmente parecen más iguales a la sigma griega que a la **m** de ningún alfabeto. Es [-195→196-] cierto que en algún caso hallamos en contacto estas formas con otras silbantes (XXVI  $\text{M}$   $\text{S}$ , Ilipa  $\text{M}$   $\text{S}$ , Gador M  $\text{S}$ ), pero podría tratarse de silbante final con inicial de palabra. En ibérico tenemos un caso clara en **ba-s-s-u-m**... (Misceláneas n.º 54), con  $\text{M}$  en contacto, probablemente final de prefijo e inicial de palabra.

No pretendemos excluir del todo que la solución de Gómez-Moreno sea la justa, pues tres o cuatro silbantes son demasiadas para un alfabeto, pero nos parece extraña una **m** tan distinta de todas las demás, y con una gama de formas ( $\text{S}$   $\text{S}$   $\text{S}$   $\text{S}$   $\text{S}$  hasta  $\text{S}$   $\text{S}$ ) que encajan en las de tsade y sigma griega. Si lamentamos la desaparición de **sarona**, también **marona** ofrece algunas posibilidades etimológicas<sup>23</sup>.

Pero tengamos en el sur de la Península una silbante doble ( $\text{M}$ ) o cuádruple (con  $\text{S}$   $\text{S}$ ), lo que no ocurre en ninguna parte más que allí, es que sean equivalentes  $\text{M}$  y  $\text{M}$ , como lo vemos en Ilipa, y lo mismo equivalentes, si no son formas variadas de **m**, tsade ( $\text{S}$ ) y sigma ( $\text{S}$   $\text{S}$ , y aun  $\text{S}$ ) como vemos en los **maronabe** del Algarve.

griego. M. Lejeune, *Rev. des Et. Anciennes* LXII, 77 presenta algún paralelo interesante, como el de un signo parecido en cario, acaso con valor de doble sigma.

<sup>23</sup> El nombre *maru* en inscripciones etruscas parece indicar un cargo religioso, y está en relación con la serie *Maro, Marius, Marina* en toda la Italia central (W. Schulze, *Zur Gesch. der lat. Eigennamen*, p. 360). A. Montenegro (*Emerita* XIV, 273 s. y *La onomástica de Virgilio y la antigüedad preitalica*, Salamanca, 1949, p. 55) explica en relación con el nombre de Virgilio Maron el *Marus* que con el código M hay que leer *Eneida* IX, 685. También en la onomástica de Tracia tenemos testimonios del nombre *Maron*, desde Hornero hasta Justiniano, con una ciudad Maronia, *Μαρόνεια* (acaso en relación con formas indoeuropeas como gr. *ἔγχεσι* - *μωρος* 'ilustre por sus botes de lanza', air. *mōr*, *mār*, galo *-maros* 'grande', aaa. *-mār* en nombres propios); cf. D. Detschew, *Die thrakischen Sprachreste*, Viena 1957, p. 289 s.